

XVIII-1

C279



Real Sociedad Económica
DE AMIGOS DEL PAÍS
DE VALENCIA

Secretaria general
Certamen

Adjunto tengo el honor de
remitir a' V. S. una memoria
presentada al certamen del
corriente año, para que la
Sección de mi digna presidencia,
se sirva estudiarla, y
emitir informe, con indicación
de la recompensa que pro-
ceda.

Dios que a' V. S. sirva
Valencia 24 octubre 1902

El Secretario general,

Roberto Juncos

Autor Presidente de la Sección de Ciencias
Sociales.

Lema

La Oseola regenerará a España

Valencia 20 de Septiembre de 1902

Facarias Valle Calzada



Valle de Xerea, nº 24.12

Marcos Escobari

Museos escolares: su organización y condiciones para que contribuyan al perfeccionamiento de la enseñanza primaria intuitiva y medios para que su instalación no resulte gravosa al Estado.

El niño viene al mundo dotado de unos sentidos por los que adquiere un gran caudal de conocimientos: ellos recogen las primeras impresiones, las cuales son transmitidas por los nervios al cerebro en donde quedan depositadas para su examen; allí se agitan, pesan y miden; se comparan unas con otras hasta formarse un concepto cabal del objeto que produjo la impresión, y de deducción en deducción, con el ejercicio sucesivo de las facultades intelectuales, venimos en conocimiento hasta de las ideas abstractas.

La forma, tamaño, olor, color y sabor de los objetos; la extensión la impenetrabilidad, la dureza, y, en fin, todos los fenómenos del orden físico son testificados por los sentidos;

la casi totalidad que en el transcurso de nuestra existencia adquirimos tienen alguna procedencia del orden material, aunque luego, elaborados por sucesivas operaciones del alma, queden despojadas de su impronta grosera, material, y se traduzcan en concepciones sublimes que solo la inteligencia humana, como concepción divina puede desarrollar.

No nos pararemos á examinar, ni aun á enumerar siquiera, la multitud de sistemas filosóficos que han aparecido sucesivamente pretendiendo demostrar cómo y en qué forma se anima el espíritu estos conocimientos sensibles: la unión del alma con el cuerpo, de la materia con el espíritu es un problema insoluble, es un misterio.

Bastenos solo reconocer el hecho; los sentidos reciben la impresión de fuera; los nervios la transmiten; el cerebro se la anima; la inteligencia la elabora; la reflexión la activa; la razón la purifica, y,

si es necesario, el lenguaje la transmite al exterior; debiendo tener presente que casi siempre que queramos se repite con mayor o menor esfuerzo esta operación, aunque haya tenido lugar la impresión mucho antes.

Esta manifestación de un objeto y sus cualidades al alma por medio de los sentidos es lo que recibe el nombre de intuición en su acepción puramente pedagógica; filosóficamente va mucho más lejos.

En el primer caso se concreta á la percepción directa del objeto de conocimiento por los sentidos y es lo que se llama intuición sensible.

En el segundo caso es ese golpe de vista, esa especie de iluminación espontánea con que apreciamos la verdad, con que reconocemos lo bello, ó con que distinguimos el bien del mal, corresponden á los tres aspectos de la intuición: intelectual, estética y moral.

Cuando hablamos de la intuición nos

referimos ordinariamente a la sensible, porque es la que en la infancia predomina, pues aun cuando el maestro debe cuidar del desarrollo de todas las clases de intuición que hemos mencionado nadie duda que debe dar preferencia casi absoluta a la sensible, pues si los sentidos nos informan mal, el conocimiento será nulo o por lo menos erróneo.

Cualquiera que sea el origen que se tenga de las ideas es evidente que se adquieren por medio de la percepción externa y ésta no podría concebir si los sentidos no le proporcionaran los materiales; de entre estos sentidos la vista y el oído son los que más funcionan y mucho más aun la vista que el oído, pues las impresiones que aquella nos proporcionan son más vivas, claras, distintas y duraderas que las de ningún otro.

Siendo, pues, los sentidos y especialmente el de la vista, como dejamos sentado, el origen de muchísimos conocimientos,

debemos procurar en nuestras escuelas el ejercicio de todos ellos y singularmente el de la visión, y es claro, que con los penesivos procedimientos escolares antiguos no se podía conseguir esto, ó si se conseguía muy imperfectamente.

Se aquí que el sabio Pestalozzi, por indicación espontánea de un discípulo, concibió con su gran talento la ventaja inmensa de presentar á los niños el objeto que se trataba de explicar; de aquí también que hoy se consideran las lecciones de cosas como uno de los procedimientos de más fundamento en la educación infantil.

Siempre que sea posible debemos por lo tanto salir á paso con nuestros discípulos y allí sobre el terreno y al lado de un río, p. ej. explicarles los grandes caudales de agua, su procedencia, las corrientes, el deragüe, etc y finalmente su utilidad y ventajas que proporcionaría

para el riego el agua que inútilmente se pierde; en presencia de una casa, indicarles cómo vivían los primeros hombres en cavernas y cómo han ido perfeccionando sus habitaciones hasta llegar a los lujosos palacios que se ven en las grandes ciudades; en el interior de una fábrica los inventos concernientes a ella, etc.

En un pueblo por insignificante que sea hay herrero, carpintero, alguna industria, algo, en fin, de que se pueda aprovechar el Maestro. Pero como no siempre se puede salir y al mismo tiempo pudiéramos no encontrar en las cercanías lo bueno que nos propusiéramos, formemos un Museo.

Pero ¿cómo?; de qué clase?; en qué condiciones?; con qué elementos? Estas preguntas dubitativas surcen espontáneamente.

En efecto, a primera vista asusta esta

afirmación rotunda y categórica; nuestras creencias son pobres, casi hasta la miseria; las que más pueden á duras penas reportar el gasto preciso diario, modestamente, sin lujos, sin que puedan adquirirse multitud de objetos preciosos, de utilidad absoluta.

El Estado, que pudiera y debiera hacer mucho no atiende hoy como debiera á estos planteles de la educación humana; sin que podamos apreciar la causa, mientras sobra dinero para cosas fútiles falta siempre para las escuelas y los maestros.

Han de hacerlo éstos solos, con sus propias fuerzas, con los elementos y recursos de que dispongan, los cuales son escasos ó múltiples, según el aspecto bajo que se mire.

La intervención del Estado en este asunto sería hasta perjudicial, puesto que no se trata de acumular objetos, que las más de las veces no tendrían aplicación para

el país; al contrario, debemos procurar la utilidad y conveniencia antes que nada.

Y, cómo hemos de valernos en este caso?

Señaladamente haciéndolos nosotros mismos en colaboración con nuestros discípulos. Si se despierta la curiosidad y el interés; tras de ambas viene la emulación y ya sabemos lo lejos que se va cuando hemos sabido despertar la emulación en nuestros educandos.

No hay cosa más fácil que interesar á los niños en la formación de nuestro museo: no creo que haya nadie que niegue que á una viva indicación del profesor lleven los niños á porfía los materiales mineralógicos de la comarca y sus cercanías, las maderas del país, los productos agrícolas y los que resultan de la elaboración de las primeras materias, los animales que sean posibles, insectos de todas clases, sustancias medicinales y ¿á qué seguir? todos cuantos objetos

hallen á la mano, sean con tal abundancia que nos permitan escoger lo mejor.

Las colecciones así formadas se estiman más que las adquiridas mediante el dispendio del dinero; forman algo de nuestro ser; hemos depositado en ellas nuestro cariño y las apreciamos más que por su valor intrínseco por ser ~~hecha~~ nuestra.

Al clasificarlos y ordenarlos se aprende y se enseña, se interesa el corazón de nuestros tiernos discípulos y se desarrolla la inteligencia bastante mejor que recitando simplemente palabras que no entienden de un libro que por lo mismo les produce hastío y cansancio.

Para adquirir otros objetos que no sean del país y que sin embargo los pida el necesario el maestro puede entenderse con otros compañeros y mutuamente proporcionarse lo que sea propio de un país y se carezca en el suyo, cosa que hacemos sumamente fácil.

Los puros y excursiones fuera del pueblo también son muy útiles para acaparar materiales con destino á nuestro modestísimo museo.

Además y para aumentar la colección con el fin de que haya novedad, porque la monotonía en la enseñanza es la muerte de ella, hemos de tener presente que en todo pueblo por pequeño y rústico que sea hay siquiera una media docena de personas regularmente acomodadas, quienes mediante las continuas excitaciones del maestro podrían ayudarle mucho contribuyendo con sus donaciones en metálico ó en efectos á la prosperidad de la escuela y de la enseñanza.

Se me objetará que son muy pocas las personas que están dispuestas á hacer un sacrificio en pro. de la instrucción popular. Desgraciadamente esto es cierto, pero mucho depende también de la habilidad del maestro para que contribuyan á tan benéficio.

obra. El trabajo, la vergüenza y los disgustos serán para el maestro, pero todo puede darse por bien empleado si se consigue el objeto que se persigue.

En la organización de los museos la primera condición es el orden, clasificando los productos desde su origen hasta los más acabados objetos que produce la industria, siempre que sea posible, pues así comprenderá el niño las aplicaciones que hace el hombre de las primeras materias.

Organemos como muestra un ejemplo: presentemos a los niños arena y soda, digámosles que combinados en proporciones adecuadas forman el cristal; presentémosles a continuación cristal liso que es el más sencillo, luego los curvos, después los de colores y posteriormente alguno de los múltiples objetos que se hacen con estos dos pedreros groseros de tierra, todo junto y perfectamente ordenado.

El material de nuestros museos puede

ser abundantísimo. Fácilmente nos podemos proporcionar las instancias mineralógicas del país (como arena, arcilla, cal, granitos etc) y también muchas de fuera; diversas clases de madera, ya de utilidad, ya de lujo, bien enteras según aparecen en el tronco del árbol o cortadas de suerte que puedan examinarse las diferentes partes que constituyen un trozo de madera y varios objetos manuales de esta materia, si es posible contruidos por los mismos niños en los ratos que se dediquen al trabajo manual, obligatorio ya en muestras y en ellas.

De insectos, ya útiles, ya perjudiciales se puede hacer una buena colección, pues pueden cogirse y remplazarse fácilmente; figurarían también aves pequeñas o en su defecto una colección de patas y picos y plumas, que se conservan mejor y es lo que más distingue unas de otras a las aves.

Incluiríamos también todos los productos

agricolas de la localidad con los distintos productos que las industrias diversas saquen de ellos y las herramientas y máquinas que sean posibles en pequeño tamaño.

Además todas cuantas sustancias medicinales e industriales podamos recolectar, huyendo de las que puedan ocasionar algún peligro por la inoperencia de los niños y todas cuantas podamos recoger pertenecientes a la alimentación, y, finalmente todo cuanto esté a nuestro alcance y sirva para algo en la educación infantil.

Respecto a la conservación en unos productos es fácil, bien sea en cajitas o frasquitos con la etiqueta correspondiente, y así, libres de la intemperie, se conservan por mucho tiempo; las etiquetas han de ser sencillas y comprensibles con su nombre científico y vulgar y alguna explicación resumida para que sin querer el niño lo lea alguna vez y recuerde siempre lo que se le explicó.

Los que no pueden conservarse mucho tiempo como los vegetales, huesos, etc, suelen ser casi todos ellos reemplazables con excesiva facilidad.

Una colección así formada, sin pretensiones puede ser bastante numerosa y completa, y cuando en todo o en su mayor parte ha sido formada por los mismos niños les causa alegría y placer al ver allí algo suyo, algo que les es propio, produciendo, sin duda, bajo el aspecto pedagógico, científico y moral grandes ventajas a la enseñanza.

Una vez organizado nuestro museo en las condiciones expuestas tenemos a nuestra disposición en cualquier momento una porción de cosas para dar lecciones y las lecciones de cosas son el medio más perfecto para el desarrollo intuitivo, llevando al niño desde las cosas más rústicas, desde un toro pedraro de piedra p. ej. hasta el autor de todos los seres.

Además del interés producido por la presencia y la vista de los objetos proporcionados por los mismos niños, excitamos grandemente la emulación y los hacemos a todos dueños de una parte de la obra común.

A presencia de los objetos materiales se deducen, por medio de preguntas, hábilmente dispuertas sus cualidades y condiciones, usos á que se destinan y medios de que se vale el hombre para aprovecharles, suponiendo esta sucesión continuada de ejercicios un gran desarrollo del espíritu de observación, para que sin tener los objetos á la vista puedan deducirlos de los mismos antes expuestos ó de otros que se hayan visto fuera de la escuela y que no puedan llevarse á ella, fomentando así en los niños la afición á los espectáculos de la naturaleza para que examinen lo bello de los paisajes que nos ofrece espléndidamente la sabiduría infinita del Omnipotente.

Pero para esto, para ver con exactitud lo que se presente a nuestra vista es preciso que la intuición haya sido acostumbrada a manejarlos y a adquirirlos los conocimientos con una atención constante, por lo que no nos causaremos nunca de recomendar estos ejercicios hasta rayar en la repetición.

De las lecciones y conversaciones, siempre útiles, provechosas e instructivas acerca de los objetos que se hallen en nuestro museo, se deducen con gran facilidad y sin esfuerzo otros que se hallen fuera del recinto de la escuela: del estudio de una planta que tenemos en la mano surge la de la germinación, circulación y fructificación de las plantas; de la impresión que producen los perfumes salen consideraciones preciosas acerca de la divinidad; de los colores, el sol con sus rutilantes rayos; del estudio de un animal, deducimos sus costumbres,

países que habita, utilidad ó perjuicio que proporciona; se trata en resumen de hacer á la sabia naturalista la maestra y ya que no se pueda prescindir de estar encerrados en el recinto de la escuela, hacerla agradable, bella, y no monótona y enfadadora como ha venido siendo.

Las lecciones de cosas no deben formar un todo completo, con un programa uniforme: estas lecciones serán unas veces *congruentas* por el maestro, si así procede; pero las más de las veces serán de *ocasión*, de accidente, cuando la oportunidad nos brinde á ello, lo cual sucede en muchas ocasiones.

En estos ejercicios debemos procurar también no solamente la adquisición de ideas sino también de las palabras correspondientes, aumentando progresiva y paulatinamente el vocabulario del niño, puesto que más sabio es el que mayor caudal de palabras posee

y las aplica convenientemente.

Vemos, pues, el gran partido que el maestro puede sacar de las lecciones de cosas o procedimiento intuitivo, pero conviene advertir que no debemos hacer las lecciones exclusivamente formalistas, que degeneren en ejercicios secos, áridos, desprovistos de amenidad, pues entonces incurriríamos en la misma falta que lamentamos; es decir que las lecciones han de ser movidas, amenas; la conversación fácil y lo menos científica posible; no abusando el maestro de la explicación sino al contrario dando al discípulo la mayor intervención y al mismo tiempo que se educa la memoria y el juicio, intervengan también la imaginación y el sentimiento, que no juegue solo la razón, sino también la estética. La mera exposición del objeto y sus cualidades viene á ser poca cosa más que poner un libro delante y es preciso que el niño se ensene á

discutir, que descubra las aplicaciones de dicho objeto, aunque ayudado por el maestro que utilizará para ello la forma interrogativa o expositiva, según convenga.

Lema
La Escuela regenerará a España.